

obsequié con algunas migajas del festin y los abracé, no obstante los gritos de horror de mis compañeros. El mas pequeño de aquellos niños iba y venia llevando su parte a una jóven, que seria su madre ó su hermana, y se veía a cierta distancia: era una criatura hechicera vestida con una capa roja con capucho, como las mujeres de Gibraltar, y un paño de algodón amarillo y azul. Con sus grandes ojos negros y su cabellera en desórden, tenia el aspecto de una hija salvaje de la montaña; es la primera y tal vez la única mujer verdaderamente hermosa que he visto en Madera.

Excitados con el precioso licor, exaltados por todos los hermosos espectáculos de la naturaleza que se habian presentado a nuestra vista, regresamos al galope de nuestros excelentes caballos, a través de las selvas y los bosques hasta Funchal. Toda mi vida pensaré con gratitud en aquel dichoso día que era como el preludio de la fiesta del siguiente.

6 de Julio de 1852.

Apénas abrí los ojos cuando los gratos acordes del himno nacional vinieron a herir mis oídos y a disponerme para inaugurar solemnemente el día en que entraba en los veintinueve años. Era una amable sorpresa de nuestro excelente capitán que santificaba aquella fiesta con el mas noble canto de la gloriosa Austria. Tenia veinte años cumplidos, é iba a entrar en un importante período de la vida. Apesar de mi juventud, graves pensamientos me ocupaban en aquel momento. Exteriormente la mayor edad no traía grandes cambios en mi vida, porque ya desde ántes disponia de mí mismo hasta donde me lo permitia mi posición; y en el punto de vista material, las cadenas de la tutela no me molestaban en lo mas mínimo. Pero si hay algo de profético en la manera con que uno pasa el día de su natalicio, aquel año debia estar lleno de serenidad y de paz, porque jamás he pasado este día de un modo tan contento y tan agradable. Muy temprano me escapé del buque con algunos de mis amigos, para sustraerme a toda ceremonia y pasearme libremente al través del campo.

Nuestro punto objetivo era la costa oriental de la isla. Pasamos por la ciudad, subimos la colina hasta la region de las quintas y

nos detuvimos un momento en la casa de campo del hermano de nuestro cónsul, rico negociante en vinos. Es una habitación sencilla, pero cómoda y preciosa, al estilo anglo-americano, con ese aspecto marítimo que solo Marryat sabe describir. Flores y plantas enredaderas la envuelven por todas partes, las piezas están llenas de sombra, de frescura y de calma, y tienen una vista magnífica sobre Funchal y sobre la rada. En un bonito jardín, plantado de parras, pude gustar un racimo de uvas casi maduras: aquella habitación goza, como casi todas las de Madera, de un silencio delicioso.

Pronto llegamos a la altura; seguimos por las hermosas sombras del parque de Camera y la parte alta de la vertiente de la Montaña. Aquí el paisaje es enteramente septentrional: grandes colinas cubiertas con yerba pequeña, casi nada de árboles ó solamente algunos abetos, matorrales poco elevados y de cierto color en su cima, que trae a la memoria los arbustos de Escocia. El día nebuloso y el aire mas frío completan la ilusión: sin embargo, de cuando en cuando se ven algunas plantas que en nuestro país no se ven mas que en los invernaderos, y que nos recordaban que aun estábamos en las regiones tropicales. Aquellas pendientes tienen algo de melancólico y de agradable: nos las representábamos habitadas por nobles ciervos, y seguimos caminando siempre a todo galope. El hermano de Bianchi posee aquí otra casa de recreo circundada por una llanura de abetos nuevos; está adornada al estilo inglés con cuadros de caza y elegantes chimeneas. Allí nos ofrecieron un excelente *lunch*, servido a la inglesa y que venia muy a propósito despues de una larga cabalgata.

Esta habitación, con su vista sobre las llanuras, donde la brisa sopla sobre los matorrales, seria una mansión hecha expresamente para un poeta melancólico que pulsara el arpa de Ossian, ó para una pareja amorosa. En las noches iluminadas por la luna, cuando el viento arrebatara las hojas de los árboles y cuando sus ramas argentadas se agitan y sacuden como un enjambre de silfos; cuando las olas de aquel océano que envuelve al globo, levantan como otras tantas fantasmas sus crestas espumosas para volver a caer y perderse en el infinito tenebroso, aquella morada puede inspirar al solitario todas las impresiones de miedo ó de

confianza: de lo primero, si aquel se expone al viento fresco de la mar que gime como si atravesara las cuerdas de una arpa, y de la segunda si permanece junto al hogar animado con un chispeante fuego, y estrecha entre sus brazos a la amada de su corazón.

La noche se aproximaba cuando comenzamos a pensar en el regreso. En el momento en que montábamos en nuestros caballos que habían descansado, apareció inmóvil ante nosotros una vieja de un aspecto singularmente siniestro: su rostro sombrío estaba cubierto con una cabellera gris en desorden: su cuerpo vestido de harapos, sus ojos negros y penetrantes lanzaban relámpagos. Involuntariamente pensé en el *mal de ojo*: un calosfrío glacial recorrió todo mi ser, y me apresuré a poner los cuernos a la mendiga, mientras que el capitán le daba una hermosa moneda con un vivo movimiento de liberalidad, que no tenía más objeto que alejarla de nuestra presencia: ella sonrió de una manera sardónica, y de repente desapareció tras de una pared. Pero la mirada de la hechicera había surtido su efecto, y en el regreso tuvimos que sufrir toda especie de desventuras.

El capitán, muy especialmente, fué objeto de las malicias del hado. Ya nos había manifestado que no podría sostenerse en el caballo, y en efecto, se hallaba en un estado lamentable: todo su cuerpo parecía paralizado, y para trasladarlo, fué preciso conseguir una de esas hamacas que sirven para llevar a los enfermos del pecho. Tendióse, pues, a nuestro enfermo, en aquel nuevo vehículo, suspendido de un largo tallo de bejuco que cargaban entre cuatro hombres. No era poco el trabajo de llevar de esta manera hasta Funchal un fardo tan pesado: el camino estaba horroroso, y la noche negra como la tinta. Después de dos horas de cruel fatiga, los cargadores declararon que ni por todo el oro del mundo darían un paso más. En consecuencia, nuestro hombre que se encontraba muy cómodo con el suave movimiento de aquella cuna, mal de su grado, tuvo necesidad de montar a caballo; pero después de cinco caídas sucesivas, protestó de nuevo que le era imposible moverse. La situación se hacía cada vez más crítica: los habitantes de la isla rehusaban su auxilio, y el infortunado casi había perdido el conocimiento: estaba envuelto por las tinieblas de la noche, en medio de un país monstruoso, salvaje y entera-

mente desconocido. Por último, lució un rayo de esperanza: un buen cura de la aldea le prestó su hamaca y sus criados, y así llegó a Funchal cerca de la una de la mañana, cuando nosotros dormíamos pacíficamente soñando con las fatigas de aquel día, cuyo recuerdo no nos abandonará en mucho tiempo.

También nosotros pagamos tributo a la influencia de la hechicera. Habiéndonos aventurado locamente, sin guía, en la oscuridad, yo caí con mi caballo en un puente de piedra; y si en esta larga cabalgata por tan peligrosos caminos de montaña, no nos sucedieron más accidentes graves, fué sin duda, por un milagro que debemos atribuir a la fortuna que jamás abandona a los audaces.

7 de Julio de 1852.

Subimos hoy otra vez a la eminencia de *Nuestra Senhora da Monte*. Nos encontramos el camino muy adornado, porque en aquella mañana debía recorrer la comarca una procesión, para obtener del cielo que cesara la plaga que más aflige a Madera, la enfermedad de las viñas. Flores y ramas revelaban por todas partes los encantos de la naturaleza triunfante. Se veían en los jardines y en las glorietas de parra, grandes reuniones de personas vestidas con sus más nuevos trajes, así como en lo alto de las paredes, con un aspecto de inquieta expectativa.

La mañana era soberbia, el sol resplandecía en el cielo, y el paseo a caballo estaba lleno de atractivo. Yo me sentía más y más cautivado con los encantos de Madera, esta hija radiante del húmedo océano: experimentaba como una pasión naciente, que crecía siempre y me iba invadiendo. Ya se deslizaba en mi corazón una melancolía secreta a la idea de que solamente podría formar un conocimiento pasajero, y no tendría tiempo para enlazar relaciones durables con este objeto de mi culto. Pensaba dentro de mí, que si hubiese conocido a Madera antes de 1848, habría escogido, *in extremis*, este lugar de retiro lejos del mundo, para gustar la calma y el reposo.

La iglesia está circundada por antiguos árboles que habían adornado para la fiesta; pero no entré en ella, porque tengo horror a

la multitud. En espera de la procesion, nos dirigimos a una encantadora quinta que se encuentra en las cercanías, y que pertenece tambien a nuestro cónsul. Cerca de aquel lugar, tuve ocasion de visitar una habitacion de campesino. ¿Deberé llamarle casa, cabaña, ó establo? No lo sé. Son paredes bajas, construidas con piedras rústicas sobrepuestas y cubiertas de paja podrida: el interior es una pieza oscura y ahumada, sin mas abertura que la entrada para dejar salir el humo y penetrar la luz: hombres y bestias habitan el desnudo suelo en la mas tierna armonía. Se creeria uno trasportado a las islas del mar del Sur, y no podria sospechar que se encuentra tan cerca de las elegantes casas de recreo. No he visto habitaciones semejantes, sino en las montañas pedregosas de Dalmacia, en los confines de Turquía, y en Montenegro.

Cuando comenzó la procesion, procuramos acercarnos a la iglesia. Aquella iba compuesta de una multitud de personas que llevaban velas de cera, el clero, los dignatarios, con la música y todo lo que conviene a este género de solemnidades; pero lo nuevo para mí fueron los penitentes cubiertos. Varios hombres vestidos de color oscuro ó de gris, con largos trajes, semejantes a los de las cofradías italianas, y con la cabeza y el rostro cubiertos, acompañan la procesion en penitencia de sus pecados, y para el bien general, sufriendo el ardor del sol durante cinco ó seis horas. La multitud no los reconoce a causa del velo, pero los admira; y ellos, no satisfechos con la fatiga del camino, se aplican ademas, toda especie de suplicios. Por ejemplo, vimos algunos que hicieron aquel largo camino unidos de dos en dos por los piés, por medio de barras de hierro; otros iban cargados de cadenas: uno habia, que llevaba una corona de espinas, otro una pesada barra colocada entre los brazos, y atravesada por la espalda: otros llevaban cruces a cuestras ó un pesado anillo de hierro a manera de cinturón; pero la mas dura penitencia, era la que se aplicaba un hombre que iba azotándose las espaldas desnudas que se veían inflamarse a cada uno de los golpes. Cuando apareció, una mujer que estaba cerca de mí, lanzó un aullido de dolor, y se puso a contar sollozando, aunque con cierto orgullo, que el misterioso personaje era uno de sus parientes.

Todo aquel conjunto acompañado con la música y el ruido de

las cadenas hacia una impresion siniestra y recordaba los primeros tiempos de la edad média. Horroriza la vista de esos desgraciados que se martirizan públicamente y ponen a los demás en el secreto de su penitencia ocultando su rostro a las miradas. Se cree ver a pobres almas en pena, a sombras atormentadas por el remordimiento, que se arrastran en medio de la agitacion del mundo, y a su aspecto uno se siente transido de espanto.

Los penitentes iban seguidos del oficiante envuelto en una nube de incienso y rodeado del clero y de los dignatarios, el cual llevaba, vestida con un ricomanto, la imágen de *Nuestra Señora da Monte*, que ha colocado tan majestuosamente su trono en medio de la yerba y de las flores en las colinas de Funchal.

Las flameantes banderas desaparecieron en la espesura del bosque; el humo del incienso subió al cielo a través del follaje; se oyó alejarse el ruido de las cadenas y de las barras de hierro, y el piadoso repique de las campanillas se mezcló al murmurio de las cascadas perdidas en la selva.

Veo aquí a los libres pensadores reirse de la supersticion de los habitantes de Madera, que creen conjurar la enfermedad de las viñas con procesiones. Pues bien, lo diré sin rodeos: aunque soy un hijo del siglo diez y nueve, y aunque no me cuento entre los oscurantistas, esta creencia me parece muy edificante y muy hermosa, porque conviene al que sufre duramente dirigirse hácia su Dios: este Dios no es sordo a las oraciones de aquellos que tienen fe incontrastable en su omnipotencia, y una súplica filial alivia siempre al alma del peso que la oprimia. Por esto encontramos esas ceremonias expiatorias en todos los siglos, entre todos los pueblos, aun entre los griegos, cuya sabiduría es tan decantada y cuyos filósofos admiramos. Solo el libre pensador tiene el orgullo de resistir inclinarse. . . . hasta en la hora de la muerte; pero aquel momento enseña, hasta a un Voltaire, a balbutir oraciones y a buscar temblando ciertos consuelos.

*Quien no ha visto a Sevilla, no ha visto maravilla:* yo he visto esta maravilla y tengo orgullo de haberla visto.

*Quien no ha visto a Lisboa, no ha visto cosa boa:* tambien he visto esta bella cosa.

*Quien no ha visto a Granada, no ha visto nada:* puedo decir con

júbilo, que en lo sucesivo no me dirigirán esta censura, porque conozco a Granada y su magnífica Alhambra.

Además he visto a Madera, y exclamo con entusiasmo: *¡Quien ha visto Madera, otra cosa no quiera!*

El cementerio de Funchal está situado en la calle principal, entre huertos y jardines, justamente enfrente de un hospicio, lo que no presenta un aspecto muy divertido para los pobres enfermos. Como pasábamos por esta calle con frecuencia y me gusta meditar entre las tumbas, entramos al panteon. Al pasar delante de un sepulcro, aun fresco, ví a mi jóven guia, el hijo de Bianchi, palidecer y le oí sollozar. Era el lugar en que la familia habia depositado, hacia un mes, al mayor de sus hermanos, jóven de grandes esperanzas, cuya pérdida es motivo de un duelo profundo para esta casa patriarcal. Aquel golpe ha destrozado el corazon de la digna madre, venerable matrona de cabellos blancos: desde aquel dia la expresion de una melancolía profunda no abandona jamás su mirada; y aun cuando alguna vez se le escapa una sonrisa, siempre se descubre con simpatía el dolor de una herida reciente.

Su pobre hijo sucumbió de una manera muy horrorosa: sus padres lo habian enviado por negocios de comercio a las plantaciones de América. Un hermoso porvenir parecia abierto a su actividad y a su energía; pero la suerte determinó otra cosa. Un negro, en un acceso de furor, dió al hijo de Bianchi un fuerte golpe con la cabeza en el estómago; el jóven cayó enfermo, se hizo todo lo posible por salvarlo. . . . pero murió al cabo de un año en brazos de sus desgraciados padres.

Mi jóven compañero me obsequió con una rosa tomada del sepulcro; salimos del cementerio llevando este trofeo melancólico, y nos dirigimos a la habitacion de mis huéspedes.

Teniendo en la mano la rosa del sepulcro y respirando su perfume, dejé aquella isla inolvidable, donde siete meses despues se extinguió una vida que yo habia creído que aseguraria alguna vez la tranquila felicidad de la mia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## ÍNDICE

### DEL TOMO PRIMERO

	PÁGINAS.
A LOS LECTORES.....	I
RAPIDO ESTUDIO SOBRE LA OBRA.....	III
PROLOGO del traductor francés.....	V
<b>ITALIA</b>	
CAPITULO PRIMERO.—Nápoles y el rey Fernando.....	1
CAPITULO SEGUNDO.—Florencia y las bellas artes.....	81
<b>ESPAÑA</b>	
CAPITULO TERCERO.—Sevilla y la Andalucía.....	109
CAPITULO CUARTO.—Granada y los Moros.....	157
CAPITULO QUINTO.—Islas Baleares.—Valencia.....	186
<b>PORTUGAL</b>	
CAPITULO SEXTO.—Lisboa.....	203
<b>MADERA</b>	
CAPITULO SÉTIMO.—Funchal.....	221

## A LOS LECTORES

---

En el prospecto que precedió á la publicacion de la version castellana de esta obra, se habia ofrecido que los traductores darian á luz, con el primer tomo, el juicio crítico que de ella formaran: sin embargo, los traductores se han reconocido impotentes para este trabajo; ante él retrocedieron, y suplicaron á un amigo suyo, el Sr. Lic. D. Manuel Ortiz de Montellano, tan ventajosamente conocido en la literatura mexicana, que desempeñase esta tarea, imposible de llevar á cabo por los traductores; y el Sr. Montellano, cediendo á los empeños de la amistad y robando algunos momentos á sus atenciones, tuvo la bondad de obsequiarnos con el precioso artículo que damos á continuacion.

No solamente las bellas letras ganarán con esta sustitucion, sino el mismo autor que, juzgado imparcialmente, aparecerá tal como es ante la posteridad: los traductores no habrian tenido la sensatez de juzgar de la obra con sangre fria: amaron al

autor; su memoria aun está fresca; sus obras por lo mismo les parece exentas de todo error; y si alguno observaran, quizá no tendrían la imparcialidad bastante, la energía que debe caracterizar al crítico ilustrado, para señalar con mano firme las contradicciones, las equivocaciones, las faltas en que el autor puede haber incurrido. Bastante respetuosos para con la memoria del autor y para con el público, han sido fieles en la traducción, hasta sacrificar en algunos pasajes la fraseología española, á fin de no desvirtuar las ideas originales. Que México acepte esta versión con benevolencia; que este libro dé á conocer como era, al hombre que por breves momentos tuvo en sus manos el porvenir de nuestra patria; que cesen las preocupaciones que contra su memoria hayan podido nacer, y habrémos tenido la satisfacción de rendir á sus manes el mas digno homenaje.

*Los Traductores.*

## RÁPIDO ESTUDIO SOBRE LA OBRA

### I

En medio del grupo de verdes islas regadas por el Mediterráneo, que formaron la antigua Grecia, y en la metrópoli de su ciencia y poderio, los que se llamaban hijos de los dioses acostumbraban reproducir, con la terrible verdad y con el respeto profundo de un rito religioso, la historia de sus padres y de sus dioses, en esas tragedias de gigantes, cuyas escenas se desarrollaban á la luz del sol, en medio de los bosques y de las montañas, sirviéndoles de fondo el limpio azul del cielo helénico. Cubrían los actores su rostro de un antifaz que abultaba sus facciones; vestían luengos y vistosos trajes, y calzaban el coturno, que aumentando su estatura, hacíalos aparecer de gigantescas proporciones á los ojos del pueblo que los escuchaba con religioso silencio. Allí Sófoles hizo interpretar su fatídica creación de Edipo rey, y allí las matronas griegas lloraron sobre las cenizas de Ajax.

Pasó y murió la civilización griega: con ella cayeron sus dioses y sus templos, sus teatros y sus decoraciones: enmudecieron sus coros, intérpretes del corazón del pueblo; y sobre tantas ruinas, de entre las que la Historia